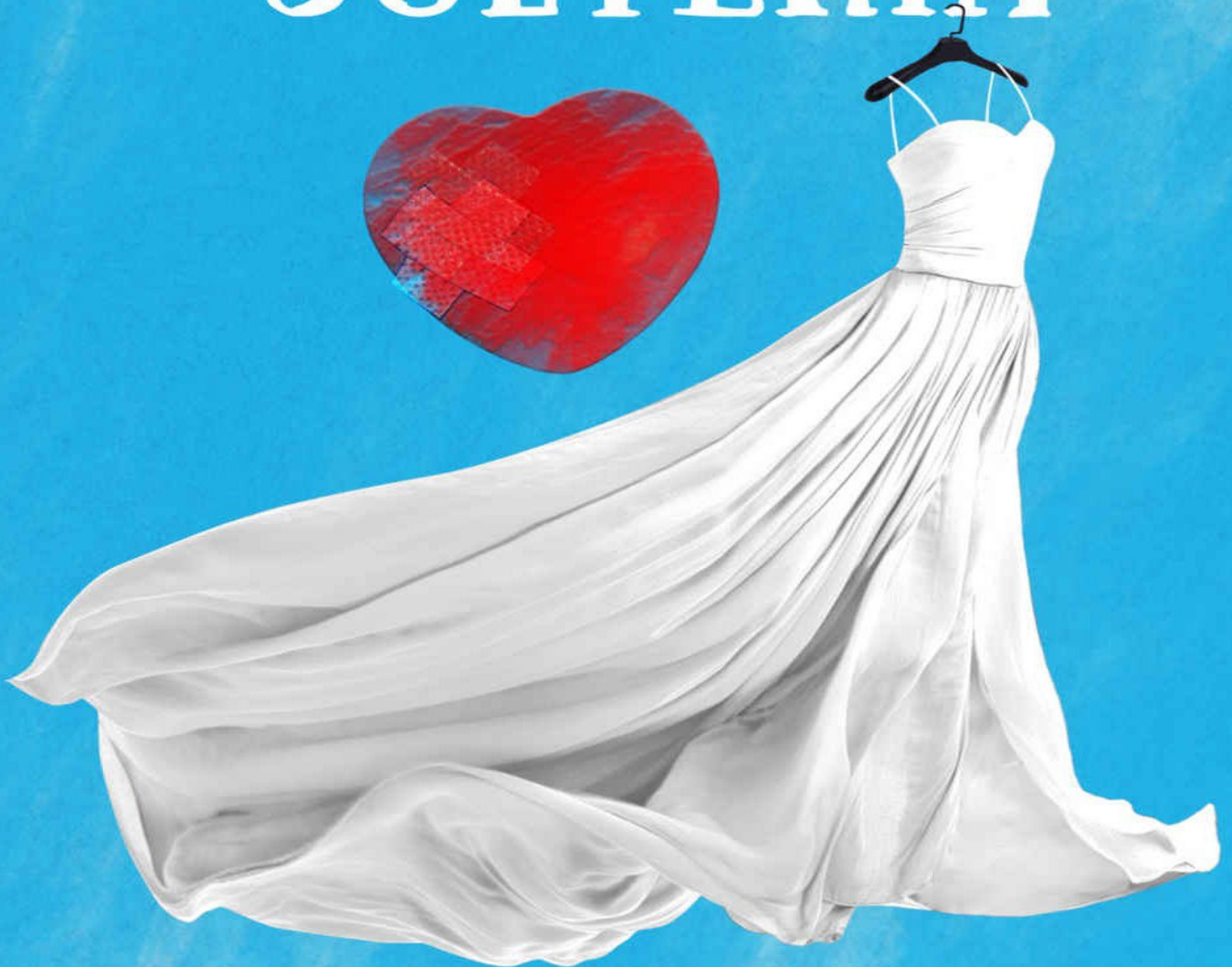
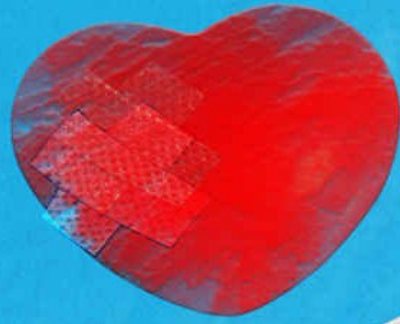


DE VUELTA AL  
MERCADO  
DE LA  
SOLTERÍA



— DEIBY DÍAZ —

DEIBY DÍAZ H.

**De Vuelta Al Mercado  
De La Soltería.**



## En memoria

A tía Katya, una mujer que supo vivir cada instante y sin importar las adversidades que enfrentó a lo largo de su vida, pudo llenar de color la vida de sus cuatro hijas y dejó mi alma impregnada del más profundo amor.

## De vuelta al mercado de la Soltería.

De frente al espejo, mientras decoro mi cabello con las flores más delicadas que conseguí en el camino de regreso a casa, no puedo evitar notar que las cremas con ácido hialurónico cumplieron su promesa de hacerme lucir radiante en tan corto tiempo; jamás creí que llegaría a usar una ligera capa de maquillaje para ocultar el cansancio, las ojeras y las imperfecciones que me ha ocasionado este matrimonio.

Dicen que la felicidad siempre está cargada con sorpresas que te cambian la vida o por lo menos eso dicen los que se han topado la felicidad de frente, y hoy más que feliz me siento fantástica, porque poder entrar en este vestido pequeño casi talla esquelética y que mi abdomen luzca tan plano sin una gota de sudor en el gimnasio, gracias solamente a la dieta sencilla de jugos verdes y una muy buena alimentación balanceada por 15 días es algo extraordinario, seguro que de haberla continuado por un par de semanas habría logrado acabar con esa grasita milenaria de los lados que traigo desde mis antepasados. Pero sin duda lo que más me llena de felicidad, es la

sensación de total relajación y tranquilidad de mi dedo anular izquierdo, al no tener que recibir un pinchazo más por ajustar este vestido, aunque debo confesar que más pinchazos he recibido en el corazón y sigo viva o por lo menos eso creo cada mañana que despierto sola sobre la cama en posición cucharita.

Esta tarde tan pronto ponga un pie en el altar me sentiré realizada por dejar atrás el pasado y todos en la ceremonia se girarán para verme entrar triunfante, será ese grandioso momento que he anhelado en estos últimos años y que espero jamás en la vida se vuelva a repetir, porque siendo muy sincera me considero la maga del vestido, en especial porque después de ser 12 veces dama de honor en este último año y no tener el mejor salario como repostera, he aprendido a improvisar en la costura con las cortinas de mi apartamento y el recuerdo máspreciado de mi abuela, una máquina Singer modelo año 50; juro que esta será la última boda a la que asistiré como la dama de honor, es que en serio, no tiene nada de honor estar vestida como muñequita de pastel tras una amiga que abandona la soltería y que está frente al altar con una sonrisa con mezcla de emoción y susto, uniéndose en matrimonio con el hombre de sus sueños o de sus pesadillas, pero que al final no están como yo a los 41 años deambulando en el oscuro, tenebroso, visceral, abarrotado y húmedo “Mercado de la soltería”.

Asistir a estas bodas me ha enseñado a encontrarle el lado divertido a la incómoda pregunta ¿y por qué no te has casado todavía?... desde la primera hasta la quinta vez que me lo preguntaron, estallé como una loca solterona que se niega a aceptar, que está sola los fines de semana en su apartamento, dejando sus melones o limones como es mi caso en libertad porque el sostén le incomoda, vistiendo un camisón viejo y nada sexy,

cantando la canción más romántica que recuerda, preparando comida para ella sola, con una copa de vino en la mano y el televisor encendido con alto volumen para sentirse acompañada; mientras sus amigas disfrutaban del plan hogar sexual de los recién casados. Así que ante esa pregunta que me abría la herida y me traía el recuerdo de mi última frustrada relación amorosa, preparé un repertorio con las mejores respuestas.

*(La positiva)* No me he casado porque el matrimonio es algo para toda la vida.

*(La ocupada)* Trabajo tanto, que no me queda tiempo para pensar en el matrimonio.

*(La gay)* Estoy tan cansada de los hombres que decidí volverme lesbiana.

*(La mentirosa)* No puedo creer que no te lo dije, ¡me casó el próximo año!

*(La moderna)* Es mejor irse a vivir juntos y luego sí las cosas van bien nos casamos.

Y la que más me gusta de todas *(La soñadora)* Todavía no he encontrado a mi príncipe azul ... ¿Es en serio?... “Príncipe azul” ... Cuando digo esta frase no puedo evitar juzgarme y traerme a la realidad, como cuando me caigo de la cama en una de mis noches húmedas, al intentar algo excitantemente con mi nuevo vibrador que llamo Pepe Grillo y no porque sea pequeño en tamaño, si no por su color verde escarchado luminoso; pero a veces no es tan duro caer de la cama y no es porque los bordes estén llenos de los cojines que me ha regalado mi santa madre, por tratar de llenar el espacio vacío de mi cama king, sino porque me hace recordar mi maravillosa infancia.

Desde niña siempre fui más alta e inteligente que los niños, de hecho,

todavía sigo siéndolo, crecí bajo la estricta educación televisiva de las princesas de Disney y vaya que siempre esperé que llegara ese príncipe azul, pues si Ariel pudo salir del mar llena de algas, perfumada a mariscos, con un pez como mejor amigo y una langosta como niño, cosa que denota un fuerte desequilibrio mental y, aun así, consiguió conquistar al príncipe Erick; ¿por qué no podría hacerlo yo? ... Eso sí, quiero dejar claro que amo las historias de princesas con finales felices y donde los malos se vuelven buenos o reciben su castigo, pero en mi próximo viaje a los parques temáticos, tendré que sentarme a hablar con todas las princesas muy seriamente y bajarlas de la nube a taconazos, porque el príncipe azul siempre viene cargado de una serie de defectos nada simpáticos o agradables, y sí de paso me encuentro a Papá Noel también haré muchísimas reclamaciones.

Sin embargo, a los 10 años cuando no tenía idea de la realidad de la vida, tuve a mi primer príncipe soñado, Tomasito Duarte Urquijo, era tan, pero tan bello de ojos verdes grandes y expresivos, cabello rizado oscuro, tez blanca y manos grandes; era el mejor vecino y compañero de escuela que he podido tener, siempre me compartía la mitad de su sándwich de pavo, me regalaba su yogurt de vainilla y sin importar que a veces esto me generaba horribles episodios por mi intolerancia a la lactosa, yo me tomaba absolutamente todo el yogurt hasta limpiar el recipiente con el dedo; por amor me atrevía a soportar todos los vientos huracanados en mi tierna pancita en aquel entonces, era simplemente un amor dulce con aderezos de inocencia.

Una pequeña sonrisa de Tomasito podía cambiar toda mi realidad, me encantaba barrer el jardín de mi casa solo por verlo montar su bicicleta de color azul, me fascinaba mirarlo a los ojos, verlo sonreír y hablarnos por el

teléfono que comunicaba nuestras casas, y que construimos improvisadamente con dos vasos plásticos e hilo en contra de la voluntad de mi madre, quien no paraba de cortarme el hilo cada vez que yo no quería limpiar mi habitación. Tenía claro que quería ser la novia de Tomasito y cada vez que intentaba decírselo, mi corazón se aceleraba en cada latido y mis piernas se colocaban rígidas como dos turrónes de azúcar, pero en un día extremadamente soleado mientras regaba las rosas rojas que estaban sembradas y de las cuales mi abuela no hacía más que alardear por ellas, fui sorprendida por un rocío de agua que cayó sobre mi mejilla derecha y al girar para gritar a quien lo hacía, vi que era Tomasito quien no paraba de echarme agua con un spray y de inmediato empezó nuestra batalla campal de agua hasta el punto, que en el momento de más diversión le confesé todo mi amor y nos dimos un besito en la mejilla sin que nadie nos viera, fue uno de los momentos más bello de mi vida que Tomasito arruinó al revelarme que se iría a estudiar a los Estados Unidos en menos de un mes y que los gritos de mi madre flamearon al ver que el jardín se había convertido en un lodazal con pequeñas piscinas improvisadas.

Desde ese momento y tras superar una interminable semana de castigo por arruinar parte del jardín, fui la mejor de las novias e hice lo que podía hacer una niña de mi edad desesperada a punto de perder su primer amor, ¡le propuse matrimonio y él aceptó!; no había tiempo para preparaciones o ultimar detalles porque su viaje sería pronto, así que ese mismo día nos casamos en secreto delante de mi único testigo y padrino de bodas, “Coco” mi fiel perro pastor alemán. Nuestros corazones saltaban de felicidad porque nos habíamos casado, nos sentíamos invencibles, realizados y después de unos 15 minutos de nuestro matrimonio no sabíamos que teníamos que hacer, así que nos fuimos al parque sin avisar y jugamos toda la



tarde hasta que sus nuestros padres llegaron muy enojados por salirnos sin permiso.

Pero casarnos a escondidas no era suficiente motivo para estar juntos por siempre, nuestros padres seguro se iban a oponer al enterarse, luego vendrían los regaños, los castigos, el “siempre te comportas mal”, y fue entonces cuando le propuse a Tomasito que me llevaría consigo en una maleta, yo fingiría estar enferma para no ir a estudiar y me quedaría sola en casa con mi abuela y mi madre, luego a las 3:15 de la tarde cuando mi abuela se sentaría a ver la telenovela y mi madre tomara su siesta de costumbre, yo entraría a buscar una maleta grande en el estudio, la colocaría en el vestíbulo, entraría en ella y a las 3:25 de la tarde Tomasito timbraría fingiendo que perdió un balón en nuestro patio, mi abuela iría a buscar el balón y Tomasito aprovecharía para sacarme en la maleta e irnos juntos a los Estados Unidos con sus padres; era un plan sincronizado a prueba de fallas y el resultado sería vivir felices para siempre, pero jamás pensé que me ganaría mi ansiedad y mis nervios, así que ante no poder controlarme porque soy claustrofóbica, me tomé dos té relajante de los que toma mi madre antes de dormir y me quedé profundamente dormida dentro de la maleta por casi toda una tarde a causa del té que en realidad era formulado para dormir y fui despertada por la tibia orina de mi padrino de bodas, que confundió la maleta con un árbol, nunca, pero nunca olvidaré aquel horrible dolor muscular, que tuve por más de una semana al estar en posición fetal en esa maleta y el por qué Tomasito se fue sin llevarme o despedirse.

En mis quince años tuve la fiesta más espectacular que pueden ofrecer unos padres a su única hija mujer y lo mejor de todo era que tenía como novio a Javier, el chico más guapo de la secundaria, sus únicos defectos

eran que besaba con la boca abierta, manos bastante ligeras, su imparable excitación y sus constantes invitaciones a irme a la cama con él; pero si debo resaltar la fuerte labor de mi madre de que uno no debe acostarse con el primero que se lo pide, aunque hoy en día me dice que se lo dé a cualquiera pero que me case ya para que le dé nietos, lo bueno de ser madre es que puedes ser tan contradictoria y bipolar sin que te juzguen o te tilden de loca por ello.

A pesar de que Javier hacía muy bien su trabajo por tratar de llevarme a la cama para poseer mi más valiosa gema, jamás pudo lograrlo porque yo esperaba tener 16 años para darle mi más preciada virtud, algo por lo que muchas mujeres a veces cobran y subastan en la internet por mucho dinero al mejor postor; pero desafortunadamente Javier no pudo esperar y embarazó a Carolina mi mejor amiga de aquel entonces, de ese amargo suceso me quedo un sobrepeso por refugiarme en los postres y no confiar en los hombres que en tu cumpleaños sacan a bailar a tus amigas y te dejan sentada toda la noche. Pero como el tiempo cura todas las heridas menos los infaltables cólicos menstruales, deje de culpar a Carolina por librarme de un bueno para nada y de cinco hermosos niños muy mal criados.

Con aquel peso que revelaba la abundancia de mi cuerpo y mis pronunciadas caderas ji ji ji ji, en realidad tenía bastante sobrepeso, pero, ¿quién no se ha pasado de kilos en algún momento de su vida y culpa a la comida o al mundo entero por ello? ... En mi caso culpo al único amor sincero y fiel que he tenido, los postres.

Sin darme cuenta los postres empezaron a apasionarme tanto, que horneé uno en forma de hombre con un corazón relleno de dulce de cereza y

debieron venir los bomberos a apagar el incendio que provoqué, por introducir un recipiente de metal a un microondas, admito que fui una tonta, pero el microondas se parece tanto a un horno y no existían los videos tutoriales de YouTube con explicaciones de que no se introduce un metal en el microondas; así que, en medio de aquel caos, donde los bomberos menos sexys que había visto jamás destruían la cocina de mi madre, decidí empezar a estudiar cocina para ser la mejor repostera del mundo, porque si no puedes con el enemigo que te tiene gorda, pues únete a él y descubre sus secretos para destruirlo desde adentro.

Al fin había encontrado algo que me apasionaba para hacer el resto de mi vida y cuando le conté al ser que expandió sus caderas por traerme al mundo, mi deseo de estudiar cocina para ser una repostera, sus palabras sabias fueron “*Para batir los huevos de un hombre no sé necesita estudiar cocina*”, todavía sigo pensando en su frase y creo de debió agregarle que para batirlos se necesita un bate de baseball; a veces creo que mi madre jamás estuvo de acuerdo con mi decisión, tal vez porque no esperaba que mis dos únicos hermanos fueran gays y que yo no fuera una abogada prestigiosa como ella.

Cocinando perdí mi virginidad y no precisamente con un utensilio de cocina o en un accidente culinario, nosotras las pasadas de kilos también somos apetecidas en el mercado sexual, si de un hueso se saca un buen caldo, la sazón que da la carne con grasa es indescriptible y suprema; el perder mi virginidad en la escuela de cocina fue toda una preparación, después de todo no sería nada fácil conquistar al profesor de repostería y no es que estuviera mal de la cabeza, por fijarme en un profesor que estaba entrando a esa madurez masculina que viene cargada de esa virilidad y sexapil, pero yo ya tenía 24 años y no me caía ni el closet de mi cuarto a pesar de que estaba

pendiendo de un hilo.

Mi profesor de repostería Carlos era un soltero bastante sexy de 43 años, tenía una sonrisa cautivadora, barba cerrada y unas piernas gruesas, ¡wow! de verdad me gustaban sus piernas y me fascinaba verlo jugar fútbol los domingos con pantalonetas cortas, el único problema era que no tenía ninguna excusa para estar cerca de él fuera de clases, pero la vida está llena de sorpresas y en el día menos pensado cuando me tomaba una cerveza con mi amiga Sharon en el bar de Lucho, vi que mi amado profesor tocaba la guitarra en una banda y por supuesto se me encendió el bombillo de las ideas. A la mañana siguiente lo esperé a las afueras de la escuela de cocina, primero alabé su grupo y su destreza al tocar la guitarra, ya para el mediodía había logrado convencerlo de enseñarme a tocar guitarra y bueno, la verdad no aprendí a tocar guitarra, pero sí a tener sexo a toda hora y en cualquier rincón de su apartamento.

Durante meses viví en la gloria del sexo, fuimos claros que no habrían sentimientos, era solo un tema sexual y yo era insaciable con ello, tener sexo era el juguete nuevo que me había sido esquivo y del que estaba sacando el mejor provecho; hasta que el día menos esperado mientras trataba de cantar con el micrófono que él llevaba entre sus piernas, me reveló que tendría que irse de gira con su banda, así que hice lo que me pareció más correcto y en la última semana que estaríamos juntos le dimos al sexo como a pandereta navideña.

En principio cuando él se marchó y deje de verlo tuve algo de nostalgia, pero a la vuelta de dos semanas ya me sentía muy bien porque tenía claro que fui yo la que se aprovechó de él y por lo menos ya me había quitado el karma de pensar que era la gordita menos deseada del planeta o que por

eso me darían un premio por castidad vaginal.

Después de esto, sentí que tenía el poder para dominar a un hombre a mi antojo, intente tener dos relaciones que no funcionaron, con Eduardo por la distancia y con Alberto porque en realidad no me gustaba nada su pene, lo tenía curvo hacia abajo que al entrar en mi vagina sentía que me tallaba como tornillo a un costado y debía fingir un orgasmo solo para que él terminara rápido, todavía sigo pensando qué fue lo que le vi, porque precisamente sí lo hubiera visto orinando, habría dicho no inmediatamente.

Tras estos intentos fallidos, me concentré en mis estudios y me gradué de cocina a pesar de la poca credibilidad de mi madre, quien estaba segura que la repostería no me daría para vivir y quizás moriría de hambre en las calles como una mendiga o en el sofá de su casa como una fracasada; así que en contra de su desalentador pronóstico tome mi maleta y me fui a la capital para hacer realidad mi sueño de ser la mejor repostera del mundo, tener mi propio negocio exitoso, casarme con el mejor hombre del mundo y tener una familia numerosa que al final de mis días me llenarían de nietos.

Pero nadie me dijo o me advirtió que uno nunca está preparado cuando intenta ser independiente, que el mejor hotel es el de los padres y que ser gordita repostera no es la mejor imagen para conseguir empleo, porque quien quiere comer postres de alguien que a simple vista abusa de ellos, eso es como ir al dermatólogo y verlo con granos o ir al odontólogo y verlo sin dientes, de verdad que locura y en qué estaba pensando cuando decidí estudiar cocina, porque no escuché los consejos de mi sabia madre; ahora sus palabras me retumbaban día tras día y después de tres meses de vivir en una pensión, no conseguir empleo, gastarme el poco dinero que me dio papá y

estar comiendo muy mal, regresé a casa de mi madre y me encontré con la sorpresa de que mi habitación era el gimnasio de los gatos, porque ella así lo había decidido la misma noche que salí de su casa, sin olvidar que todas mis cosas fueron donadas a la caridad.

Desplazada por tres gatos, durmiendo en el sofá de la sala, todavía con sobrepeso, sin empleo y sin novio; era sin duda el ejemplo de una mujer fracasada que está destinada a ser la próxima paciente del reality show “kilos mortales”.

Pero bastó una semana de posada para que mi madre me echará de la casa porque no estaba dispuesta a criar holgazanas, fue un golpe tan bajo y fuerte que no logré entenderlo, recuerdo que lloré tanto en el baño bajo la ducha mientras pensaba a donde iría sin dinero; que al salir del baño desahogada y dispuesta a irme sin importar a dónde, cómo o con qué, solo por demostrar a mi madre que yo sería capaz de triunfar sin su apoyo, mi noble abuela me dio su máquina de coser Singer modelo 50 para venderla, y con el dinero que obtuviera por ella poder pagar una habitación medianamente digna y algo de comida.

Ese mismo día abordé el bus 067 a las 9:15 de la noche en el terminal número 3 rumbo a la capital, preferí ocultarle la verdad a mi papá porque ya tenía suficientes problemas con tratar de entender que sus dos hijos varones eran gays y soportar a la leona de mi madre, para encimarle una hija fracasada, así que, un simple “*volveré a intentarlo papá*” fue suficiente para él.

Abordar el bus que me llevaría a la capital, fue un choque de

desilusión, cólera y nostalgia por la forma como me trato mi madre, en ese instante la imaginaba peinando a sus gatos en mi habitación y bebiendo una copa de vino italiano costoso, mientras yo aguantaba las ganas de llorar por no darle la satisfacción, sin embargo, al cerrar el bus sus puertas rompí en un mar de llanto silencioso para no incomodar a nadie. Un par de horas después y mucho más tranquila, decidí que no volvería jamás a llamarla y saqué de mi bolso un audiolibro de auto-ayuda que me regalaron mis hermanos, para escucharlo las veces que fueran necesarias durante las 14 horas que tendría de camino.

Para cuando me bajé del bus ya me sentía otra mujer, optimista, valiente y llena de un positivismo, que podía ver un sol radiante en medio de una tormenta tropical; pero la cruda realidad fue otra y durante los siguientes 25 días busqué empleo en el periódico, en internet, en las calles, en cada restaurante que se atravesara en mi camino y nada parecía funcionar, haciéndose real mi peor temor, me había quedado sin dinero para comer y pagar el siguiente mes de alquiler.

Sin tener idea de qué haría con mi vida, caminé por horas hasta llegar a un parque donde llorar no era suficiente para solucionar mis problemas económicos, en realidad había tocado fondo y para rematar ya me sonaba tan fuerte el estómago del hambre peor que al Chavo del 8.

No sabiendo qué hacer, me quedé sentada en la silla del parque hasta que llegó la noche y los guardias de seguridad me sacaron por el cierre, anduve por horas sin un rumbo fijo hasta llegar a la parte trasera de un restaurante chino y vi que un mesero sacaba unas cajas con comida que arrojaba al contenedor de la basura, esperé a que entrara y corrí hasta el

contenedor, lo destapé y saqué una de las cajas al azar, porque no podía darme el lujo de escoger su contenido y pedí a Dios que se viera bien; me senté a un costado del contenedor donde nadie pudiera verme, todavía podía sentir que la comida estaba tibia, busqué una cuchara o un tenedor en mis bolsillos y hasta en el suelo, *¿pero qué carajos estoy haciendo?*- Pensé, sonreí tontamente, mire mis manos y sin importar que no las hubiera lavado, empecé a comer con tantas ansias que no sé cómo no me atraganté, nunca había sentido tanto placer al comer y sin el más mínimo remordimiento de que fueran sobras de alguien. Era mi momento de felicidad perfecto y nada podría dañarlo, excepto hasta que escuche una voz decirme *“Come con calma y bájalo con esta bebida”*, levanté mi mirada lentamente con más vergüenza que temor y vi que era el mesero que acababa de sacar la basura con una bebida en la mano; sus ojos eran rasgados y sinceros, se sentó a mi lado, me entregó la bebida sonriendo y empecé a llorar con todo el sentimiento que pudiera, le conté toda mi historia mientras seguía comiendo con la mano, él solo me escuchaba y me prometió hablar con su abuela la dueña del restaurante para que me diera empleo, y al día siguiente estaba trabajando como mesera en El Dragón Dorado Chino.

Al comienzo fue bastante difícil para mi entender lo práctico y rápido que puede ser la cocina china, algo que estaba bastante lejos de lo que había aprendido en la escuela, pero no transcurrió mucho tiempo cuando empecé a aprender cocina tradicional china y terminé ennoviada con Zhao mi mesero héroe.

Nuestro romance siempre estuvo marcado por la oposición de su abuela, una mujer muy bella con la piel tan blanca y lozana a sus casi 500 años, pues en realidad jamás pregunté su edad, pero estaba segura que eran



demasiados y justo el día de su cumpleaños cuando pensaba descubrir ese misterio que no me dejaba tranquila, ella no me invitó y me puso a cubrir dos turnos en el restaurante, trabajé 16 horas continuas sin descanso alguno, fue una larga jornada de trabajo que se opuso a que descubriera el misterio de la edad de la abuela de Zhao.

El problema con ella radicaba en que me consideraba una mujer occidental impura y aprovechada, que había llegado a dañar la pureza de su linaje, un idealismo que siempre consideré bastante ilógico y al que Zhao jamás se oponía; algunas veces pensaba que ella tenía toda la razón en decirme aprovechada, porque con solo un mes de ser novia de Zhao me fui a su apartamento a vivir con él sin que su longeva abuela lo supiera, pues convivir con él me representaba un gran ahorro.

Su apartamento era como un santuario que rendía culto a la limpieza y el orden, tenía un gato negro que parecía más un perro porque lo perseguía a todos lados y un bonsái que venía cultivando desde que él era un niño, Zhao desde un principio fue bastante claro en que no debía tocar jamás su bonsái y menos dejar una ventana abierta porque su gato podría escapar; solo era cuestión de adaptarme y el dejar los zapatos en el vestíbulo de la entrada me parecía divertido en un comienzo, pero habían días en los que solo quería llegar a lanzarme a la cama vestida y con zapatos para dormir profundamente.

Durante los meses siguientes ya estaba adaptada o por lo menos ya no me sentía una extraña, evité todo el contacto posible con mi madre para que no llegara arruinarlo todo y ya tenía suficiente con tener que ocultarme en el closet de la habitación cuando llegaba la abuela de Zhao de visita.

Muchas veces enfrenté a Zhao porque ya era hora que ella se enterara de que vivíamos juntos, él solo me pedía un poco más de tiempo para encontrar la manera de decirle, pero lo inevitable tiene que pasar y de la manera menos apropiada; una tarde lluviosa en la que teníamos sexo ardiente y yo gemía como loba de placer por cabalgar a Zhao, no nos imaginamos que justo en el momento en que ya estábamos a punto de llegar a nuestro clímax juntos, su abuela inhóspitamente entraría a la habitación con un baldado de agua fría y nos lo lanzaría diciendo una cantidad de palabras en su idioma nativo que yo no podía entender, Zhao me empujó tan fuerte que caí de la cama fracturándome un dedo de la mano derecha y todo su semen salió disparado como cañón cayendo sobre su abuela, ahora mientras yo gritaba de dolor como loba en parto en medio de una discusión china, entró una llamada de mi madre que fue respondida por la abuela Zhao y quien le decía a mi madre en un fluido español con acento chino que yo era una mujerzuela que se estaba aprovechando de su nieto.

De esta situación me quedó 60 días de incapacidad, una longeva enemiga y la ratificación de mi madre en que la sigo decepcionando. Después de esto la abuela de Zhao dejó de visitarnos y para mi sorpresa no me despidió del restaurante, solo evitaba hablarme, acercarse a mí, colocaba a Zhao en turnos contrarios a los míos y colocó un uniforme para las meseras como Geisha; donde yo estaba dispuesta a dar la pelea sin importa que vestida y maquillada como Geisha me pareciera más a una mala imitación del Guasón.

Pero por más que lo intenté fue imposible tratar de agradecerle, las discusiones con Zhao sobre el idealismo de su abuela, de que él debía estar con una mujer de su misma cultura, se volvieron tan insostenibles por mi

pretensión y terquedad de querer cambiar milenarias costumbres, hasta llegar al punto en que una noche después de cenar, le dije a grito herido que era un “mal sexo”; en realidad él podía ser tan excitante, como tierno y salvaje al mismo tiempo en la cama, sí bien era cierto que no era el mejor dotado del mundo, sabía cómo usarlo y hacerme tener orgasmos múltiples que se escuchaban a dos calles a la redonda.

Lo único que yo pretendía era hacerle sentir lo herida y sola que me sentía, pero mi técnica de grito herido no funcionó y por el contrario Zhao decidió terminar nuestra bella relación; fue algo que me tomó por sorpresa, pero yo no estaba dispuesta a aceptar que me terminara y durante las siguientes dos horas, intenté explicarle de todas las formas que nada de lo que grité era cierto, pero él siempre fue un hombre de decisiones inquebrantables y nada lo haría cambiar, así que de la manera más fría me pidió que me fuera de su apartamento esa misma noche y le dejara la copia de la llave al lado del bonsái.

Me enojé tanto con él, que pensé en sentarme sobre su bonsái de guayacán recién florecido y fingir que todo había sido un accidente, pero cuando quise hacerlo su gato se sentó frente al bonsái como soldado del palacio de Buckingham, me miró desafiadamente y por más que intente alejarlo de mi objetivo con una contundente amenaza de rosearlo con agua fría, no se inmutó y perdí la batalla al tercer intento, entonces decidí que lo haría ante su primer descuido, pero no conté con la astucia de este gato que no paraba de perseguirme en el apartamento; entré a la habitación, tomé una maleta azul de lona de 70 centímetros de altura y en solo 20 minutos empaqué dos años de mi vida, siendo aún más extraño que no logré llenarla, no entendía por qué y me senté en el borde la cama con la mente en blanco, el

gato se subió a la cama, se recostó sobre mis piernas para que lo acariciara y mientras lo hacía observé cada detalle de la habitación.

A medida que lograba calmar mi deseo insaciable de destrucción, pude ver que por doquier habían pertenecías únicamente de Zhao, las pocas cosas que compramos juntos habían sido elegidas por él, cada rincón era suyo, desde el bienvenido en la puerta que estaba en su lenguaje natal hasta esos palillos que odiaba tanto y con los que debía comer para complacerlo, sin duda nunca había dejado de ser una visitante y me había convertido en alguien que temía salir de su zona de confort; la gratitud por haberme ayudado cuando más lo necesitaba se volvió una costumbre y no amor.

Solo por eso, no cometí bonsaisuicidio, tome mi ropa, la máquina de coser Singer que me dio mi abuela y por la que debí pagar el triple para recuperarla, me lleve al gato porque a gritos pedía que lo sacara de esa cárcel y deje la ventana abierta para que Zhao pensará que se había escapado; no volví al restaurante y con mis ahorros me mude a un pequeño apartamento esquinero, en un segundo piso de seis ventanales que dejaban entrar la luz natural y el fresco aroma a pino verde de los árboles del parque que quedaba justo de frente.

Por primera vez sentía que podía hacer lo que quisiera, una independencia donde solo reinaba yo y por supuesto el gato, que después de llevarlo al veterinario me enteré que era gata y no gato, éramos las reinas en nuestro pequeño palacio, que pinté de azul celeste y decoré con cortinas de varios colores claros, para que al entrar al apartamento me diera la sensación de estar en el cielo con un arcoíris a cuestas; algo cursi y nada minimalista o contemporáneo, pero me recordaba que después de la más fuerte tormenta

viene la calma.

Estaba tan convencida que podía cambiarlo todo, que olvidé mi sueño de ser la mejor repostera del mundo, empecé a buscar un empleo que pudiera darme una estabilidad económica y logré conseguir como vendedora de seguros médicos internacionales para una multinacional alemana, que me ofrecía esta vida y la otra por ventas que eran simples de hacer, solo tenía que abordar viajeros en el aeropuerto y ofrecerle nuestros servicios, de verdad eran muy económicos y fáciles de adquirir; pero no conté con el pequeño detalle que los bancos a través de sus tarjetas de crédito ofrecen coberturas medicas internacionales sin ningún costo, con beneficios de cobertura total para cualquier siniestro, siendo mi intento de estabilidad económica y empresarial un total fracaso.

Pero no estaba dispuesta a volver a meterme a una aburrida cocina y no tener fines de semana libres, sin embargo y no teniendo otra alternativa, me vi obligada a trabajar nuevamente como mesera, era eso o gastarme todos los ahorros que tenía; en esta ocasión mi trabajo era en un restaurante francés gourmet donde solo un postre costaba casi 2 horas de mi trabajo, cosa que no me importaba porque las buenas propinas que recibía al finalizar mi turno, me hacían sentirme poderosa y adinerada.

Allí aprendí con el chef Jean Pierre en mis ratos libres a hacer los mejores postres y entender que no solo se trata de preparar algo dulce para comer, se trataba de ponerle el alma, de enamorar, de despertar sensaciones en un solo bocado, un postre puede simplemente cambiarte el estado de ánimo; la verdad no entendía nada de lo que él me decía, me parecía más un palabrerío que no tenía sentido alguno, pues solo quería aprender su técnica y

punto.

Después de 1 año trabajando como mesera por dinero y no por vocación, decidí intentar y preparar mi primer postre con la pasión que tanto me repetía Jean Pierre, en principio y por más que intentaba pensar que postre debía hacer, mi paladar solo recordaba el sabor del postre con el que crecí y que siempre lograba sacarme una sonrisa en esos momentos difíciles en mi vida; mi madre siempre sabía cuándo era el momento oportuno y me esperaba con un cheesecake bañado en salsa de frutos rojos, aunque en estos últimos años nuestra relación parecía haberse deteriorado, pude entender después de un largo tiempo que su rudeza no era más que miedo a perderme; ahora tratar de hacer su postre era un total desafío y superarlo una locura bañada de osadía.

Por esto y de regreso a casa, con la libertad que dan las vacaciones pagadas y la convicción que nada me quedaría grande o saldría mal, entré al supermercado para el inaplazable encuentro con los ingredientes del cheesecake, caminé evitando demostrar que estaba nerviosa y desorientada por los largos pasillos, lo primero que conseguí fue los 200 gramos de galletas dulces para el fondo del postre, pues tenía claro que galletas debía usar, sin embargo se fue haciendo un poco complicado decidirme por el resto, pues estuve empeñada en analizar textura, olor, sabor de los ingredientes hasta la intensidad del color de los frutos rojos.

No solo necesitaba ponerle pasión, si no el alma y no me importaba la mirada acusadora de los empleados de la tienda, que me perseguían quizás pensando que me robaría algo o que abriría algún producto para comerlo, y sí lo hice, me tomé un yogurt de café mientras colocaba en mi canasta los 100

gramos de mantequilla, los 200 gramos de frutos rojos y los 120 gramos de azúcar; seguí mi camino y en menos de nada ya tenía 1 botella de miel pequeña, 200 gramos de queso de cabra, 2 sobres de gelatinas sin sabor, 200 gramos de crema de natas, dulce de leche para untar y una botella de vino tinto seco para disfrutar con Claritza mi vecina del tercer piso, mientras estuviera preparando el postre. Realizada y triunfante me dirigí a la caja registradora para pagar mis selectos ingredientes, cuando de la nada y sin tiempo a reaccionar, un tonto distraído vestido con un overol sucio de pintura apareció con un refresco de frambuesa en su mano y me la vació encima arruinando mi vestido de flores favorito.

- *¡Arruinaste mi vestido!*
- *Lo siento Gordita, lo siento.*

Seguido de esto, sacó dinero de uno de sus bolsillos, me lo dio delante de todos como si yo fuera una cualquiera y el muy imbécil salió corriendo del supermercado mientras todas las miradas se centraban en mí, quise perseguirlo para reclamarle pero la cajera me advirtió que estaban por cerrar por inventario, así que mientras sentía el refresco bajando por el centro de mi pecho, me llene de dignidad y pague fingiendo que no me incomodaba que el refresco frío ya había llegado hasta mi preciada vagina, agradecí a la cajera su atención y una vez en la puerta de salida, pude detallarme el desastre andante que era.

De camino a casa renegué e imaginé todo tipo de venganza hasta sacar todo el odio que sentía por ese imbécil que tuvo la desfachatez de llamarme “gordita”, me prometí que sí algún día volvía a encontrármelo le haría pagar por este vestido y le obligaría a comprarme otro o quizás dos muy costosos en desagravio; en realidad no comprendo cómo se le ocurrió llamarme gordita, cuando pudo haberme dicho corazón, princesa, tierna o

hasta mamacita, pero decirme ¿gordita?, eso ya era la tapa del descaro y ni que hablar de la incomodidad de sentirse pegajosa por el azúcar y las insoportables moscas que no paraban de perseguirme, era definitivamente un desastre total y solo quería llegar a mi apartamento a ducharme.

Pero al llegar a la entrada del edificio me encontré que alguien había partido la llave de la entrada principal y no había forma de entrar, llamé insistentemente al celular de Claritza y timbré en su apartamento pero jamás respondió, así que timbré a todos los apartamentos y con tan mala suerte que nadie salió en mi ayuda; no tuve más que respirar profundo y esperar a que el cerrajero llegara, abriera su caja de herramientas con toda su paciencia, empezara a analizar el problema y encontrara una solución más rápida que su demorada agilidad para trabajar, ya a estas alturas nada podía salir peor; me senté sobre el suelo resignada y pude ver que estaban adecuando una floristería en el local del primer piso que llevaba meses desocupado, a pesar de que quería acercarme a mirar, preferí esperar a que el cerrajero abriera la puerta para evitar otra mirada incómoda.

Fue tanta la espera que mi vestido alcanzó a secarse con el sol radiante y una vez que pude subir a mi apartamento, me duché y sumergí mi vestido en leche entera para quitarle las manchas, me coloqué mi pijama gigantesca con estampados de cupcakes que me regalaron mis hermanos en mi cumpleaños; golpeé fuertemente el cielorraso con el palo de la escoba para que Claritza bajara para nuestra noche de chicas y en cuestión de segundos ella estaba frente a mi puerta con dos botellas de vino, afortunadamente solo compré una en el supermercado.

Mientras Claritza servía el vino en un par de copas, me decía que el



dueño de la floristería era el hombre más atractivo, varonil y derrochante de testosterona que había visto en su vida, que era cuestión de un par de días para tenerlo en su cama, algo que en realidad no me sorprendía porque todos tenemos o hemos tenido una amiga bastante rápida o algo ligera, que terminamos aceptando porque hace lo que no seríamos capaces de hacer, nos divierte con sus hazañas y nos identificamos en ellas.

Así que mientras ella no paraba de hablar del florista, yo miraba los ingredientes tratando de concentrarme para encontrar una conexión con ellos, pero por más que lo intentaba no podía, pero faltó que Claritza me preguntara el por qué me había cambiado de ropa, para que mi adrenalina se reactivara y sin saberlo, empecé a canalizar esa energía para comenzar.

Primero trituré las galletas y las mezclé con la mantequilla, la mezcla que resultó de ello la coloque en el recipiente y la refrigeré para que endureciera, seguido de esto tomé el queso y empecé a desmecharlo en hebras que puse dentro del bowl para utilizar después, preparé la gelatina sin sabor a baño de maría mientras batía el queso con la crema de leche y la azúcar hasta que quedara con una textura suave, sin embargo le coloque dos gotas de vainilla sin color para realzar un poco el aroma, agregué la gelatina sin sabor a temperatura ambiente a la mezcla y la batí por un par de minutos hasta que instintivamente creí que era el punto perfecto.

Con los ingredientes listos, era el momento de ensamblarlos, tomé el dulce de leche para untar y coloque una capa gruesa sobre el molde de galleta que había refrigerado y la refrigeré por 10 minutos para que endureciera un poco, una vez transcurrido este tiempo y endurecido el dulce de leche, coloque toda la mezcla que había batido hasta llenarlo por completo y volví a

guardarla en el refrigerador para que tomara consistencia. Y en ese momento cuando cerré la puerta del refrigerador volví a la realidad, Claritza no paraba de hablar y estaba empezando a perturbar nuevamente mi calma, pues por mil y undécima vez me relataba con lujos de detalles de cómo el novio le había propuesto matrimonio, a pesar de que traté de triturar unas nueces en la licuadora sin ningún sentido, no pude eludir su descripción eternamente aburrida y abrumadora de su futuro vestido de novia, pues su matrimonio era en dos años, pero ella era la única amiga que tenía en el edificio; así que no tuve otra alternativa más que aguantarme y escucharla mientras preparaba la salsa de frutos rojos que llevaría por encima el cheesecake.

Fue tan detallada la descripción de la costura y accesorios que llevaría su vestido de novia de que bebí dos copas grandes de vino rápidamente, para cuando ya había terminado la salsa de frutos ya Claritza estaba abriendo la segunda botella y empecé a sentirme emocionada por su vestido; coloqué la salsa de frutos rojos en el borde de la ventana para bajar su temperatura y guardé en el refrigerador algunas fresas que no usé.

Tras finalizar la segunda botella de vino, los efectos del alcohol empezaron a dar sus primeros pasos y en un intento por sentarme en el piso un gas salió de mi cuerpo tan fuerte, que Claritza y yo explotamos en una serie de carcajadas incontrolables, en un intento por recomponernos para parar de reírnos un gas salió de Claritza y nuestras carcajadas se volvieron incontrolables hasta el punto de que nuestros ojos se lagrimearon; estábamos las dos tendidas sobre el suelo tratando de controlarnos, cuando de repente en medio de nuestras carcajadas el timbre de la puerta sonó insistentemente por más de dos veces, de inmediato traté de incorporarme pero no pude, así que llegue gateando a la puerta y justo cuando intentaba ponerme en pie, Claritza

abrió la puerta y allí estaba yo en cuatro sobre el suelo frente al hombre que manchó mi vestido y me había dicho gordita en el supermercado, bañado con mi salsa de frutos rojos hasta la cintura.

- *¿Entrenaste a tu gato por venganza?*

De inmediato me puse de pie como pude tratando de mantener mi dignidad, pero de solo verlo como se deslizaba la salsa de frutos rojos sobre su cabello, no pude evitar reírme y hacerlo seguir al baño para que pudiera limpiarse; Claritza me decía con gestos mientras se acomodaba sus senos para que se vieran más grandes, que él era el dueño de la floristería, cosa que en realidad no me importaba porque sentí un gran alivio de verlo que vivía mi propia experiencia, en ese momento me acerque a la cocina tomé la tercera botella de vino y la abrí para brindar porque el karma había hecho lo suyo, Claritza no entendía mi repentina felicidad y no pasaron quizás más que un par de minutos de mi felicidad, cuando el florista salió del baño sin camisa dejando al descubierto su perfecto sixpack abdominal y todos sus músculos bien definidos, debo confesar que jamás pensé que debajo de su camisa se ocultaba tallado un cuerpo de Dios griego, de haberlo sabido antes no habría aceptado su dinero, sino su número telefónico y hasta una invitación a salir a donde él quisiera.

Ahora sin salsa de frutos rojos, debí improvisar una decoración con las pocas fresas que había guardado en la nevera y con unas hojas de menta decidí hacer una decoración sencilla para que se viera bastante provocativo el cheesecake, el resultado me dejó sorprendida, pues lucía tan delicioso que por un instante humedecí mis ojos con lágrimas de felicidad y pizcas de orgullo. Solo esperaba que Claritza y el florista al probar el primer bocado sintieran lo mismo que yo sentía en mi niñez.





Claritza probó un pequeño bocado y me miró fijamente sin decir una sola palabra, yo me sentía ansiosa y ella continuaba callada sin decir una palabra, yo no sabía que decir y el florista me observaba sin atreverse a tomar el valor de probar un bocado, pero Claritza empezó a llorar y se abalanzó sobre mí agradeciéndome por los sentimientos que había despertado ella, fue una escena casi de terror porque mientras lloraba seguía comiendo el cheesecake; el florista trataba de no reírse pero bastó que él comiera el primer bocado para decirme que era el mejor postre que había probado en su vida y me dijera que quería volverlo a comer.

Esa noche en medio de los coquetos directos y agobiantes de Claritza, él me dijo que se llamaba Felipe Andrés, pero prefería que lo llamara solo Andrés como lo hacían sus personas más allegadas y en las que podía confiar, reímos como dos tontos por la forma como nos conocimos y en desagravio prometió comprarme un vestido, así que para celebrar la amistad que nacía entre nosotros él fue en busca de dos botellas de vino que tenía en su local y mientras bebíamos algunas copas, me contó que su sueño más anhelado era ser papá, y el día que eso pasara sin duda sería el hombre más feliz sobre la faz tierra.

Después de esa noche nos hicimos muy buenos amigos y nos frecuentábamos varias veces a la semana, coincidíamos que a él le gustaba la comida francés y yo trabajaba de mesera en su restaurante favorito de la zona, así que muchas veces él iba al restaurante o yo le preparaba alguna cena en mi apartamento; poco a poco y sin darme cuenta nos volvimos muy cercanos hasta el punto en que un día después de cenar y bebernos un par de botellas de vino tinto seco, terminamos besándonos y teniendo sexo sobre la mesa del

comedor, en el sofá, frente al espejo de la sala y por último en mi habitación donde caímos rendidos por nuestra audacia sexual. A la mañana siguiente cuando despertamos abrazados sobre la cama, Andrés se levantó de un solo salto y pude mirar que su pene estaba erecto, se disculpó mientras trataba de ocultarlo con sus manos y empezó con una serie de disculpas por haberse propasado conmigo, pues me consideraba su confidente y mejor amiga, sus palabras fueron como recibir un baldado de agua fría sin previo aviso, así que ante aquella disculpa que me molestaba porque en realidad él me gustaba demasiado, respondí que era él el que debía disculparme por confundir nuestra cercanía y dañar nuestra más bella amistad, él tomó su ropa y mientras terminaba de vestirse, yo me levanté de mi cama intencionalmente desnuda; él quien todavía trataba de ocultar su pene erecto, miro todas mis virtudes y en un impulso de deseo incontrolable se abalanzo sobre mí y volvimos a tener sexo sin ningún tipo de disculpa.

Después de algunos meses en la que quemamos la etapa de amigos con derechos y que utilicé toda mi imaginación femenina, porque yo no era el prototipo de mujer que siempre había tenido, decidimos ponerle título de “amigovios” a nuestra relación, que a la vuelta de otros meses más llamaríamos “novios”.

Andrés era el hombre perfecto, le gustaba mi comida, le gustaba cocinar y lavar, me inspiraba hacer postres nuevos, me hacía sentir una mujer bella con mis defectos, sí discutíamos buscaba la forma de reconciliarnos y vaya que sabía cómo hacerlo, me llenaba la habitación de flores, mensajes y me preparaba una cena romántica que acababa en sexo intenso.

Era muy divertido estar juntos, que sin darnos cuenta empezamos a

convivir como una moderna pareja de novios en mi apartamento, excepto los fines de semana que él se iba a los pueblos aledaños a comprar las flores para su próspero negocio y así en un abrir y cerrar de ojos transcurrieron dos años de total felicidad, me sentía completamente realizada, llena de vida junto Andrés y para el matrimonio de Claritza nuestro regalo de bodas fue la torta y los arreglos florales, éramos la combinación ideal para toda festividad.

Después del matrimonio de Claritza empezaron a salirme contratos para preparar tortas y postres para diferentes celebraciones, así que durante el día trabajaba como mesera en el restaurante y en la noche me dedicaba a la preparación de postres, me acostaba exhausta, pero tenía el propósito de ahorrar lo suficiente para empezar mi propio negocio de repostería; Andrés por su parte se encargaba de los arreglos florales y me ayudaba absolutamente en todo lo que nos pedían.

Fue más de un año de duro trabajo que dio muy buenos frutos económicos y con los que pude arrendar un pequeño local no muy lejos del apartamento, obtuve un crédito bancario para comprar maquinaria y contraté a dos empleados, la inauguración de la repostería “*El Dulce Bocado*” fue todo un éxito, el primer día vendimos todo y nuestros clientes hacían fila por entrar; los meses siguientes nuestras ventas siguieron manteniéndose no tan abundantes como los primeros días, pero habíamos encontrado nuestro punto de equilibrio, habían días en los que trabajaba más de 14 horas y llegaba a casa tan agotada que me dormía frente Andrés en medio de nuestras conversaciones, él siempre terminaba entendiéndome y haciendo todos los que haceres del hogar.

Sin embargo después de un año de inaugurada la repostería, la



relación con Andrés empezó a tornarse fría, hasta el punto de encontrarlo dormido o no irme a recoger a la repostería, nuestra actividad sexual bajo de varios a la semana a quizás uno por mes, en principio pensé que era algo que pasaba en todas las parejas, pues mis padres tuvieron temporadas en las que parecían no estar enamorados y luego de un momento a otro se veían como dos recién enamorados, era consciente que Andrés trabajaba el doble y asumía la mayor parte de los gastos para que yo pudiera concentrarme en solo en la repostería; pero unos meses antes de nuestro cuarto aniversario mientras cenábamos él me dijo que ya era hora de que tuviéramos nuestro primer hijo, yo salté de alegría y me abalancé sobre él porque ya me sentía preparada para ser madre, así que desde ese día suspendimos nuestro método de planificación y nos dedicamos hacer la tarea juiciosamente a toda hora.

Para el día de nuestro cuarto aniversario mis senos y mi vientre los sentía más grande, tenía algunas nauseas matinales y sentía que algo se me movía en mi vientre, pero ese día mientras me media el vestido que usaría para ir a cenar con Andrés, me percaté que tenía más de un mes de retraso en mi periodo menstrual y yo siempre había sido exacta en las fechas, de inmediato pensé que estaba embarazada y fui a la farmacia por una prueba casera que mi gata decidió arruinar masticándola antes de usarla, volví a la farmacia a comprar otra pero ya estaba cerrada y Andrés no demoraba en llegar, así que planeé después de ir a cenar pasar por una farmacia con atención de 24 horas. Me arreglé muy bella para la ocasión y al pasar la media noche sin que Andrés llegara o recibiera una llamada suya, empecé a preocuparme por su demora, marqué a su celular pero se activaba de inmediato el correo de voz, creí que venía en camino y estaba sin señal, pero al pasar un par de horas más y haber marcado más de 100 veces a su celular, entré en pánico porque era la primera vez que él no llegaba a casa, llamé a

todos los sitios en los que creí podía estar, me asomaba constante por las ventanas tratando de divisar su carro a la distancia, quería salir corriendo por la calle llamándolo a gritos, pero evité generar falsas alarmas entre nuestros familiares y amigos cercanos. Las horas pasaron tan rápido sin saber de él, que fui sorprendida por la luz del sol mientras sostenía el teléfono en las manos y me asfixiada por la desesperación, decidí ir en su búsqueda y Andrés entró al apartamento lleno de grasa de carro en toda su ropa, pues el carro se descompuso en un pueblo cercano y su celular se descargó, en ese momento estallé en llanto y le dije que no podría vivir si llegaré a faltarme; quizás lloré durante todo la mañana mientras él dormía a mi lado abrazándome y fui repentinamente sorprendida por mi periodo menstrual.

Desde ese día nuestra relación mejoró, la repostería estaba dando mejores ganancias, así que empecé a delegar más responsabilidad sobre los empleados y trabajaba solo 8 horas diarias para pasar más tiempo con Andrés; sentía que había logrado alcanzar la tan esquiva felicidad, pues tenía una relación estable, un negocio próspero y mi madre se sentía orgullosa de mis logros, creo que su orgullo era más porque Andrés era el hijo varón ideal que ella siempre quiso tener y porque él no paraba de hablarle que la llenaría muy pronto de nietos.

En ese año siguiente visitamos muchos médicos e hicimos de todo lo que nos decían para que quedáramos embarazados, pero nada parecía funcionar, una mañana le dije que debíamos adoptar un bebe, pero se enojó y fue claro en que quería tener un hijo que llevara su propia sangre; después de esto decidí que no volvería a mencionar que adoptáramos y me dediqué a ser feliz a su lado.

Pero parecía que el destino se sentía celoso de mi plena felicidad y me golpeo con el fallecimiento de mi abuela a raíz de un terrible cáncer agresivo, solo de ver su máquina de coser Singer en el apartamento, me hacía desmoronarme como una galleta de sal; compré un boleto de avión y me fui un par de semanas a vivir mi duelo junto a mi familia, mi madre estaba tan afectada, que preferí quedarme por más de un mes, teniendo que dejar la repostería a cargo de Andrés, pues era el hombre que amaba y en el que confiaba ciegamente.

El tiempo que estuve con mi familia pasó casi como un parpadeo y ya de regreso me sentí mal por haberlos dejado viviendo solos el dolor, pero tenía que volver a retomar mi vida, las riendas del negocio y estar al lado de Andrés, pero nunca pensé que al llegar al apartamento lo encontraría sentado frente a la puerta, esperándome con su maleta empacada.

- *Me voy.*
- *¿A dónde?*
- *Esto no tiene futuro.*
- *¿No te entiendo?*
- *¡Quiero tener hijos!*
- *Seguiremos intentándolo e iremos a todos los médicos que sean necesarios.*
- *No quiero seguir intentándolo.*
- *Andrés tu sabes que te amo.*
- *Pero ya no te amo y embaracé a otra mujer.*

Aquellas palabras “*No te amo y embaracé a otra mujer*”, resonaron en mi cabeza día y noche, y no fue porque me sintiera culpable de que no tuviéramos hijos, porque en realidad él era estéril, lo supe desde el día que

nos practicamos el primer examen médico y que él no quiso leer porque estaba seguro de su virilidad, yo preferí ocultarle la verdad con la esperanza que algún día desistiría de la idea y adoptáramos a dos, a tres o a los niños que pudieran necesitarnos, pues estaba dispuesta a todo por amor.

Lloré amargamente un mar entero, perder a mi abuela y que Andrés me abandonara me atravesó el alma, pasé noches enteras sin poder dormir y en las pocas que lograba conciliar el sueño me despertaba exaltada y lloraba sin parar por horas; sin Andrés a mi lado me sentía vulnerable, apagada y sin ganas de respirar, era tan grande mi dependencia emocional hacia él que estaba dispuesta a olvidar todo, lo busqué y le rogué de rodillas en medio de la calle que volviera a mi lado, pero su respuesta fue un *“No y no vuelvas a buscarme”*. Me volví incontrolable y empecé a buscarlo en todos los sitios que él solía frecuentar para seguir rogándole, muchas veces entré a la floristería llorando y le pedía a gritos que volviera a mi lado sin importar que estuviera llena de clientes, me volví su sombra hasta el punto que él vendió la floristería, me bloqueó en su teléfono y las redes sociales, Andrés no quería saber absolutamente nada de mí mientras yo me ahogaba con el amor que sentía por él.

Más de un año transcurrió en medio de noches en vela pensando en Andrés y él supo alejarse muy bien de mí, porque no volví a saber absolutamente nada de él, sin embargo todavía me sentía devastada, marchita, todo en mi vida era gris, no comía bien, nada me gustaba, nada me hacía reír, mi mal humor y mis pocas ganas de vivir hacían que los postres que recién preparaba se dañaran dentro del refrigerador, estaba cavando conscientemente mi propia tumba, no quería parar de sufrir porque consideraba que me merecía el sufrimiento de no tenerlo, por no haber

intentado lo suficiente por recuperarlo.

Pero bastó ver llorar a mi madre arrodillada frente a mí en la repostería, suplicándome que dejara de sufrir porque no quería perderme, solo este acto de amor de mi madre me hizo recapacitar para buscar ayuda de un profesional, y a pesar de que muchas veces en mis momentos de ira, me cuestioné por qué coños no le dije a Andrés el día que me abandonó que era estéril para que sufriera, a lo mejor habría servido de algo o quizás no, solo sé que llegué a la conclusión que el amor no es algo que se mendiga y que por el hecho de haberme engañado, merecía que le metieran gato por liebre.

Salir de nuevo a conocer personas se convirtió para mí una prescripción médica, no hubo medicamentos antidepresivos, chocolates, helados o cervezas, tenía que enfrentar a mi fiel soledad y mis pocas ganas de lanzarme a lo desconocido; intenté y juro de verdad que lo intenté todo, lo primero fue usar las redes sociales de amistad, sexo y algo más, para conocer hombres maduros, no tan maduros e incluso chicos que todavía estaban sedientos de ser amamantados.

Crear el perfil en una red social fue bastante complicado porque quería algo que fuera discreto pero no aburrido, lanzado pero que no pareciera una mujerzuela, nada inspiracional o religioso porque no soy filósofa, solo tenía que buscar algo que reuniera todo en una sola palabra y después de horas frente al computador tuve la genial idea de poner algo que describiera mi pasión por los postres en mi perfil *“Repostera busca la fresa para su postre”*, y solo en 20 minutos obtuve más de 100 comentarios desde *“te tengo la crema para el postre”* hasta *“te tengo la fresa cabezona para ese postre”*, todos absolutamente terminan con su doble sentido sexual y

después de analizar mis palabras de perfil, creo que “*Repostera busca la fresa para su postre*” no era la mejor opción, así que lo cambié por “*Mujer de 41 años busca hacer amigos*” y con este nuevo perfil pasó un mes para que un hombre me escribiera por error y me pidiera disculpas por haberme enviado una foto de su ingle con un diminuto interior blanco que no dejaba nada a la imaginación.

Solo entonces y después de ver muchos perfiles de mujeres de mi edad, decidí tomarme unas fotos algo insinuadoras sin mostrar nada y funcionó, en dos días tenía varios mensajes con invitaciones a salir, estaba empezando a recuperarme y empecé a encontrarme con los que me llamaban la atención y me generaban confianza, era como ir a una tienda de chocolates y elegir solo los que quisiera probar, pero fracasé con todos, ninguno era en realidad como se veían en sus fotos y algunos no eran los de las fotos.

Con esto perdí toda mi confianza en las redes sociales y decidí dar un segundo paso inscribiéndome a una agencia de solteros y solteras, donde se encargan de hacer todo el trabajo por ti y te presentan a los candidatos más compatibles, solo tenía que pagar 100 dólares que incluía las entrevistas que ellos realizaban, el alquiler del salón donde se llevaría el evento, la cena y los ilimitados cocteles, mi único trabajo sería sonreír, ir vestida para la ocasión y colocarme una flor de color verde que indicaba mi soltería, aunque esto me parecía un rotulo me gustaba la idea de no explicarle a nadie que estaba soltera, no tenía que preocuparme por nada y el evento era en menos de una semana; un día antes del evento recibí el perfil de los hombres que deseaban conocerme en el encuentro de solteras y solteros, todos eran apuestos y contemporáneos a mi edad, no podía pedir más que un harem de hombres para mi sola y por supuesto alguno sería el elegido o a lo mejor dos, una

nunca sabe.

La noche antes del evento me desvelé pensando cómo vestirme y por ello me desperté pasado del mediodía, saqué toda la ropa de mi closet y nada me gustaba, corrí a la tienda de ropa, me compré un vestido negro que hacía verme delgada y fui a la peluquería que estaba justo al lado, donde debí esperar por horas un espacio para que me arreglaran el cabello y me maquillaran hasta quedar como una reina.

Salí de la peluquería en cuanto pude y me subí al primer taxi que pasó desocupado antes de que empezara la lluvia que se avecinaba, me sentía poderosa y bella, una perfecta combinación femenina, imaginaba en el camino como sería ese momento cuando llegara al evento y varios hombres se me acercaran con pretensiones directas de conquistarme; a pesar de que ya la fuerte lluvia hacía mi camino más lento, estaba segura que al bajarme del taxi habría parado de llover y así tal cual fue, porque siempre en esta ciudad llueve 15 minutos fuertes y luego solo es cuestión de evitar el agua empozada en las calles, algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Un par de edificios antes de la entrada al evento debí bajarme porque habían muchas personas y autoridades por doquier en la calle, afortunadamente ya no tendría que preocuparme por arruinar mi cabello o el maquillaje con la lluvia, caminé despreocupada y más concentrada en no mojarme los zapatos o mi vestido, porque con tantas autoridades me sentía segura, no caminé más tres metros cuando fui abordada por un periodista de las noticias locales que me preguntó *¿Usted también fue estafada en el evento masivo de solteros y solteras? ... ¿Cómo se siente que fue engañada por su necesidad de conseguir un hombre? ... ¿Cree usted que va a recuperar su*

*dinero?*, y fue entonces cuando se explotó la burbuja en la que venía y pude ver que las autoridades no estaban custodiando el evento, estaban tomando declaraciones, fue una mirada de 180 grados donde vi a más de 200 personas, algunos llorando por el engaño, otros tapando sus rostros y yo en medio de todos más arreglada que Beyonce para un concierto; así que en medio de aquel caos y en mi intento de escapar sin tener que responder al periodista, giré y fue entonces cuando un auto que pasaba por la carretera me bañó de pies a cabeza con el agua empozada que estaba frente a mí, arruinando mi vestido y maquillaje, una situación que llamó la atención de todos los periodistas del sitio y quienes aprovecharon para sacar fotografías para sus respectivos medios.

Debo reconocer que durante un mes fui una mujer popular para algunos y para otros una burla, pero la gente olvida con facilidad y lo único bueno que me quedó de esta experiencia fue 12 mejores amigas del alma que también fueron estafadas, una amistad que nos unió en medio de la vergüenza pero que nos fortaleció en la desesperanza.

Después y sólo después de más de dos años que me costó superar el desamor tan cruel que viví por el abandono de Andrés, volví a mi peso de los 15 años, me miraba en el espejo y aunque hubo días en los que me veía demacrada por la pérdida repentina y acelerada de peso, empecé a sentirme bien con todo y cada día retoma el control de vida, había perdido el afán por conocer a alguien que me ayudara a olvidar a Andrés y vivía cada día a la vez disfrutándolo al máximo.

Una tarde a manera de probar mi total sanación emocional, decidí que ya era hora de empezar a visitar los sitios a los que solía ir con Andrés y



aunque pareciera algo fácil, existían momentos en que me ahogaban los recuerdos y no me funcionaba como terapia de choque, si no de llanto; pero una tarde tras 45 minutos de indecisión en el estacionamiento para entrar al supermercado donde lo vi por primera vez cuando arruinó mi vestido de flores, me llené de valor y entré, pero quedé fría cuando al entrar me encontré a Andrés de frente con un hermoso bebé en brazos y de la mano de Sara, la prima de Claritza a quien conoció el día de la boda, esa escena en la que ellos se veían inmensamente felices bastó para exterminar y sacar de mi cuerpo el último rastro de amor que me quedaba por él.

A veces las mujeres creemos que tenemos el control de la relación y pretendemos ser astutas ante la visible infidelidad, pero no es así; ese día en el matrimonio de Claritza cuando Sara ofreció su ayuda a Andrés para colocar las flores debí sospecharlo de inmediato, ¡Es qué quién se ofrece! para ayudar a colocar arreglos florales vestida de manera elegante, maquillada hasta el pecho con polvos dorados para resaltar el escote, con zapatos de tacón de 12 centímetros y lo peor de todo sacarlo a bailar en mis narices mientras yo repartía la torta, de verdad no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Tras aquella tarde un recomenzar se habría para mí, había retomado mi confianza y amor propio, me dediqué a hacer todo tipo de ejercicios que me dejaban muy molida para tonificar hasta el rostro, eso sí habría preferido ir al cirujano, pero las ventas de la repostería cayeron tanto que debí despedir a los empleados y quedarme solo con Jennifer mi confidente y terapeuta del desamor; ella sabía cómo aterrizarme de un solo bajonazo, cuando intentaba enamorarme de cualquier hombrezuelo que me sonriera o me dibujara pajaritos en el aire.

El ser linda era algo que me creía y me reforzaba a diario con mi continua pérdida de peso, pues en realidad lucía esplendida y ya empezaba a notar los huesos de mi pecho, aunque algunas veces me sentía demasiado fatigada, muy sedienta y me dormía fácilmente en cualquier lado.

Existían noches en las que dormía más de 10 horas y el cansancio seguía igual, Jennifer me decía “*la monstrea durmiente*” porque nada me despertaba, pero un día mientras atendía a un cliente frente al mostrador empecé a sentirme acalorada y a perder fuerzas hasta desmayarme, al reaccionar estaba Jennifer frente a mí con una toalla humedecida con alcohol; en mi intento al tratar de reincorporarme volví a perder fuerzas y nuevamente me desmayé, es poco lo que recuerdo de este suceso, pues al despertar me encontraba recostada sobre la camilla de un hospital con líquidos intravenosos y Jennifer sentada a mi lado en el borde de la cama sosteniendo mi mano.

En ese instante no lograba entender por qué estaba allí o por qué me sentía tan fatigada y hambrienta al mismo tiempo, siempre he sido una mujer sana y el estar en un hospital por un par de desmayos repentinos, me parecía muy exagerado; pero no pensé que a la mañana siguiente al despertar y todavía en el hospital recibiría la noticia de que los exámenes médicos que me habían practicado, diagnosticaron que padecía de Hiperglucemia, mis niveles de azúcar eran inusualmente altos porque mi cuerpo no podía sintetizarlos, esto podía llevarme a complicaciones serias en mi calidad de vida, era ahora una paciente con Diabetes ... ¿En realidad esto me estaba pasando a mí?... Por Dios santo soy una repostera, amo los postres y nací para ello.

La vida, el destino o nuestro camino, a veces pueden ser bastante irónico y nos golpea tan fuerte en lo que más nos gusta o en lo que más amamos hacer, solo para que valoremos lo que somos y lo que se nos regala de manera simple y a montones. Al salir del hospital le pedí a Jennifer su total silencio sobre mi estado de salud, no quería que todos me miraran diferente y no me sentía preparada para que me vieran como la repostera que tiene problemas de azúcar; ahora el mantenerme delgada ya no era tema de banalidad, era la forma de mantenerme viva, alejarme del consumo de los alimentos que pudieran volverse azúcares que mi cuerpo no pudiera sintetizar no era una sugerencia, era una obligación para vivir.

Mi diario vivir se volvió una agonía por la alimentación estricta que debía llevar y los alimentos que debía excluir, por las noches repasaba cada alimento que había consumido a lo largo de mi vida, tratando de buscar explicaciones del por qué a mí, me sentí frustrada, engañada, burlada por la vida; visité diferentes centros médicos buscando desmentir mi enfermedad, pero cada examen médico que me realizaban confirmaba mi diagnóstico y el usar insulina se había vuelto mi némesis.

Una tarde sentada en el parque frente a mi apartamento, vi pasar a una mujer con dos hijos y agarrada de mano de su esposo, sus sonrisas reflejaban amor y felicidad, no pude evitar llorar y entrar en pánico porque quizás era algo que jamás llegaría a tener, corrí al apartamento y subí las escaleras aceleradamente, entré y me fui directo a la cocina, abrí la nevera, me senté frente a ella y empecé a comer todos los postres que pude hasta sentirme satisfecha y estallar en llanto; esa misma tarde fui hospitalizada porque mis niveles de azúcares se dispararon y no se nivelaban con las dosis de insulina

que me suministraban, y para empeorar un nuevo diagnóstico revelaba que mis niveles de creatinina en los riñones eran demasiado altos, de inmediato fui trasladada a la unidad de cuidados intensivos (UCI) para una mejor recuperación.

La primera noche en la sala de UCI no pude conciliar el sueño porque cada 4 horas me extraían sangre para mirar mis niveles de azúcar y un montón de exámenes más que ni recuerdo, la sonda colocada en mi uretra para recolectar mi orina durante 24 horas, era una pesadilla hecha realidad.

En esa mañana cuando el sueño empezaba a vencerme un médico, dos camilleros y una enfermera irrumpieron en la tranquilidad que reinaba en la UCI, con una camilla donde venía una mujer que lucía más muerta que viva y fue colocada justo a mi lado derecho, el médico apoyado con las enfermeras colocaban todo tipo de aparatos a su cuerpo y pude escuchar que su ritmo cardiaco era débil, los camilleros dejaron el expediente en la mesita auxiliar que nos separaba y se marcharon, intenté reclinarme para tratar de leerlo pero fui sorprendida por una de las enfermeras, quien de inmediato corrió la cortina para que no continuara observando; quería saber que estaban haciendo y durante quizás dos minutos respiraba suave para tratar de escuchar lo que murmuraba el médico sin poder conseguirlo, pronto el médico se fue y escuche a una enfermera decir que *“Esto es una diabetes mal cuidada y solo queda esperar un milagro”*, fue una frase aterradora que me atravesó por completo.

Durante todo ese día mi mente no pudo parar de pensar que ese sería mi destino, intentaba pensar en algo diferente, pero siempre llegaba al mismo punto y al anochecer cuando el médico llegó a decirme que mis niveles de

azúcar no habían bajado lo suficiente y sí al amanecer mis niveles de creatinina continuaban alto, sería necesario iniciar diálisis para ayudar a mis riñones, después de sus palabras enmudecí y un nudo decidió clavarse en mi garganta, solo veía al médico hablar y hablar sin escuchar nada de lo que decía, mi mente estaba en shock y me resistía a llorar; de repente en medio de aquella escena en la que parecía un zombi, la cortina que me dividía de la otra paciente se corrió sorpresivamente dejando al descubierto la escena de reanimación de esa mujer, el médico de inmediato salto de mi cama para ayudar mientras yo no podía parar de pensar que ese sería mi destino.

En la madrugada de esa noche y en medio de los bits de las máquinas que median el ritmo cardíaco, no pude resistir más y rompí en llanto, a pesar de que quería gritar para sacar todo mi dolor lloré profundamente en silencio, pedí perdón, sanación y una oportunidad para ser feliz, no sé cuánto tiempo lloré, solo que lloré hasta sentirme seca por dentro.

Un momento después cuando creí que había sacado todo de mí y podía intentar dormir, empecé a escuchar que la mujer tras la cortina empezaba a respirar con dificultad, presioné el botón de llamado a la enfermera que estaba sobre mi cama y al cabo de unos segundos nadie venía, volví a presionar insistentemente pero nadie llegaba y ella respiraba cada vez con más dificultad, no grité pidiendo auxilio por no despertar a las demás pacientes, así que me levanté casi de un saltó de la cama con todas mis fuerzas y se desprendió de mi la sonda que tenía en mi uretra, me sentí mareada pero me sostuve de la baranda de la cama, corrí la cortina y vi que ella se estaba ahogando con su propio llanto, tomé la almohada de mi cama y como pude llegue a donde ella, levanté su cabeza y le coloqué la almohada, ella no paraba de llorar y podía ver el dolor a través de sus ojos, me recosté

junto a ella y empecé acariciarle su cabello para que se tranquilizara, no sabía que decirle o que hacer, y mientras presioné el botón de su cama para el llamado de la enfermera vi que estaba escrito su nombre “Soledad”; empecé a llamarla por su nombre y a decirle que todo estaría bien, que no estaba sola y que yo estaría allí acompañándola, Soledad extendió su mano y de inmediato la sostuve mientras el equipo médico irrumpía para ayudarla, una enfermera me separó de ella mientras veía que mi bata tenía sangre por el desprendimiento abrupto de la sonda, me llevó a mi cama mientras yo no paraba de decirle a Soledad que no estaba sola, ella volteo su cabeza ligeramente hasta mirarnos fijamente mientras los médicos intentaban salvarla, yo no paraba de decirle que no estaba sola y ella intento sonreírme mientras la luz de sus ojos se apagaba lentamente.

En la mañana fui despertada por una enfermera, pues tras la muerte de Soledad estallé en un llanto y paranoia incontrolable hasta el punto que debieron suministrarme un tranquilizante para dormir, fue algo desconsolador y nefasto.

Recuerdo que tras irse la enfermera me senté sobre la cama y mientras miraba el espacio vacío que ocupaba de Soledad, juré que jamás tendría ese mismo final y haría todo lo que estuviera a mi alcance para cuidarme; al instante mi médico tratante se acercó y me notificó que mis niveles de azúcar eran los adecuados al igual que mi creatinina, sentí mucha felicidad y angustia al mismo tiempo al pensar que mi enfermedad podría llevarme al mismo final de Soledad, pero él me explicó que eso jamás tendría que pasar sí cuidaba y controlaba muy bien de mi enfermedad, el caso de Soledad se debió a que ella se desequilibró emocionalmente al enterarse que estaba enferma de diabetes, jamás cuidó de su enfermedad con controles y

medicamentos, algo que la llevó a insuficiencias renales, pérdida parcial de su vista y una falla multisistémica cardiopulmonar.

Esa misma tarde fui dada de alta con muchas recomendaciones y controles que debía tener para el control de mi enfermedad, fue algo que acaté inmediatamente y sin pretensión alguna, solo quería salir de inmediato del hospital para sentirme libre y al cruzar la puerta me llevé la sorpresa de que estaba allí Jennifer esperándome sola, fue un golpe de felicidad verla y el saber que había seguido cumpliendo su promesa de no decirle a nadie sobre mi enfermedad.

Una vez más podía volver a sonreír sin sentirme atada a nada, y fue justo aquí cuando empecé a preparar los postres con sentido y cree la línea de postres para personas con problemas de azúcar o que simplemente no querían subir de peso; contarle a mi familia que tenía una enfermedad con la que podía vivir el resto de vida y que a lo mejor moriría por sobredosis de Botox a los 120 años, no los tomó por sorpresa, pues mi madre se enteró de todo al visitarme y leer algunos de mis medicamentos y recomendaciones médicas, así que supieron asimilar todo y ayudarme en mi proceso de adaptación.

Pronto con la nueva línea de postres, volvieron a incrementarse las ventas en la repostería, recontraté al equipo de trabajo con el que inicié y coincidió con lo que llamo “*la epidemia de los matrimonios*”, que contagió a mis 12 amigas, fue como una reacción en cadena que parecía de no acabar, un matrimonio por mes y lo peor de todo es que en cada uno de ellos siempre era la dama de honor, la encargada de la torta y de la cena.

Para el noveno matrimonio de verdad ya me sentía como la tía

solterona de la fiesta que todos quieren sacar a bailar, que con los años está destinada a criar sus sobrinos y cabe aclarar que serían los hijos de mis amigas, porque mis gays hermanos habían nacido literalmente con los ovarios muertos; ellos son únicos y siempre los he admirado por la forma como han enfrentado su vida, sin ocultar nada, sin pretender que los acepten, sin miedos y porque sus novios son tan exageradamente atractivos, que me cuesta creer que también sean gays.

No obstante con mi enfermedad bajo control y mi nueva forma de ver la vida de manera más simple, Jennifer supo lavarme el cerebro y acepte ir a un programa de citas a ciegas donde conocí a Miguel, un semental de casi dos metros, de manos grandes y una voz tan varonil seductora, que espero Dios me haya perdonado por todos los pensamientos sexuales que pasaron por mi cabeza en ese momento; era tanta su seducción y el roce de su mano en mi cuello, que sumado a mi larga sequía sexual hacían saltar mi gema de una manera constante y acelerada, me costaba concentrarme en la conversación que sosteníamos, él comentaba que su mejor amigo desde la infancia se había mudado a otra ciudad recientemente y se sentía solo por ello, fue algo que yo fingí escuchar con interés hasta terminar la cena, porque bastó que él me tomara fuertemente entre sus brazos al despedirnos en la entrada del restaurante, para que me abalanzara sobre él para besarlo apasionadamente y con muchas ganas; después de varios besos apasionados, no tuve otra alternativa que dejarme llevar por sus encantos y terminé sobre su cama totalmente desnuda, ardiente de deseo y dispuesta a siete en una noche.

Miguel sabía cómo usar su inquieta lengua y recorría mi cuerpo con ella, fue tan excitante que yo le pedía a gritos que me lo hiciera porque no podía aguantar más sin sentirlo, cosa que él acato de inmediato y de una



manera soñada; pero jamás pensé que en el momento más cumbre cuando estábamos a punto de alcanzar nuestros orgasmos, Miguel me pidiera que introdujera mi dedo en su sexy trasero para eyacular, estaba tan excitada que no cuestioné nada, pero tenía claro que si introducía mi dedo podría partírseme la uña, así que en medio de aquella inesperada petición, tomé la pestañina que lograba ver en mi bolso abierto al lado de la cama y en cuestión de milésimas de segundo ya estaba en su sexy y tonificado trasero. Seguido de nuestro clímax Miguel se quedó profundamente dormido a mi lado y fue entonces cuando me cuestioné su inesperada e insólita petición, roce mis manos sobre la cama y percibí que el tendido era de terciopelo de un color vinotinto intenso, tan pronto él se giró al otro costado de la cama me levante lentamente para no despertarlo, en la pared sobre su cama había un cuadro de él pintado a mano, con su dorso descubierto mientras varias manos masculinas lo tocaban por doquier, caminé hacia su baño para limpiarme y al abrir la primera gaveta vi más de 10 vibradores sexuales de todo tamaño; sin duda estaba en el lugar equivocado, recogí todas mis pertenencias, salí lo más rápido de su apartamento y empecé a entender porque se veía tan pulcro, bien vestido, peinado impecable y porque no paraba de hablar de su mejor amigo durante toda la cita.

A la mañana siguiente en la repostería Jennifer no paraba de reír cuando le conté de mi hazaña con la pestañina y prometió regalarme una, pues nunca la saque del trasero de Miguel.

Sin embargo, esto no me asustó y decidí continuar con más citas a ciegas, pero sería más concentrada y más atenta a los detalles. Mi siguiente cita fue con un hombre que parecía tener una ardilla muerta sobre su cabeza para ocultar su calvicie y que en el momento menos inesperado estalló en

llanto, porque su esposa lo había abandonado por un chico 20 años menor que él, él no paraba de llorar en el restaurante y todos me miraban como si yo fuera la culpable.

La cita siguiente fue con un hombre 39 años que no paraba de hablar de su mamá y me decía que antes de que volviéramos a salir, su mamá tendría que estar porque para él era importante contar con su aprobación, de inmediato lo descarté; la tercera fue con un hombre que me recordaba a Miguel así que lo bloqueé en mi celular. Pero la cuarta cita no era algo que esperaba y que me dejó en blanco sin tiempo a reaccionar, era Andrés, mi “Ex” quien estaba frente a mí con un enorme ramo de rosas pidiéndome perdón y rogándome que volviéramos juntos porque no había podido olvidarme... ¿Qué? ... de verdad se había vuelto loco, después de tanto tiempo le revivió el amor o simplemente había descubierto que era el hombre más engañado sobre la faz de la tierra; quise darle una fuerte bofetada e imaginé muchas formas de decirle la verdad sobre su hijo, pero ese niño no tenía la culpa de nada, así que solo me levanté de la silla y me marché sin mencionar palabra alguna.

Evité pensar en Andrés y esa misma noche me reuní con mis amigas en un bar donde bailé y bebí tanto vino hasta vomitar en mi propio bolso, algo bastante denigrante para una mujer regía como yo, pero sin duda la mejor forma de sacar el último dolor que me había causado ver el fantasma de Andrés. En la mañana siguiente cuando estaba poseída por la fuerte resaca, totalmente destruida y marchita sobre mi cama, escuché un fuerte sonido seco que provenía de la cocina, me incorporé de inmediato y tomé un bate de madera que había olvidado Andrés y que dejé bajo la cama en caso de defensa, sentía que la cabeza me iba a estallar y la luz del sol me atravesaba

hasta el alma, caminé sin hacer ruido y a medida que me acercaba a la cocina percibía más ruidos y un aroma a café; estando frente a la puerta de vaivén de la cocina empuñé mis manos lo más fuerte que pude, me llené de valentía y de una patada abrí la puerta, y allí estaba Andrés preparando el desayuno.

- *¿Qué estás haciendo aquí?*
- *Quería llevarte el desayuno a la cama como antes.*
- *¿Te volviste loco?*
- *Pero de amor por ti.*
- *Sal de mi apartamento y entrégame las llaves, tú no tienes derecho a estar aquí.*
- *Gordita no seas así.*
- *Gordita nada y no vuelvas aparecerte en mi vida.*
- *Podemos tratar de recuperar nuestro amor.*
- *No hay nada que recuperar, lo nuestro se terminó el día que decidiste irte.*
- *¿Me odias?*
- *Dejé de odiarte hace mucho tiempo y aprendí a amarme.*
- *¿Quieres intentarlo?*
- *No y vete ya.*

Andrés pudo ver en mi mirada y en mi determinante “No” que ya no sentía el mínimo sentimiento de amor por él, verlo irse fue la sensación más plena de sanación y a pesar de que me tomé el café que él preparo tan pronto atravesó la puerta, supe en ese momento que estaba lista para continuar sola o quizás acompañada el resto de mi vida; así que a medida que el tiempo transcurría salí con algunos hombres muy divertidos y sin ir con ellos a la cama, esta vez estaba disfrutando de mi propia compañía y sacando el mejor provecho de ser una digna representante del mercado de la soltería.

Pronto tres matrimonios más llegaron, por supuesto y como siempre fui la infaltable dama de honor, me disfruté tanto estas celebraciones que era el alma de la fiesta y la última en irme de ellas, pues aprendí a soltar el dolor y elegí vivir por amor, aunque no todos los días fueran de colores.

Pero hoy y justo en este momento en el que estoy frente al espejo iluminada totalmente por la luz natural, luciendo este maravilloso vestido color amarillo que resalta mi bronceado con la última cortina que me quedaba en el apartamento, para ir al doceavo matrimonio donde mi amiga del alma y confidente Jennifer dará ese gran paso, me he prometido no volver a ser jamás una dama de honor y estoy completamente resignada a ser la tía solterona que toda familia debe tener; estoy convencida y sé, que algunas estrellas de cine se han casado después de los 41 años, pero solo soy una repostera que sigue recuperándose de la quiebra, que debe cuidarse del consumo de azúcar y que ha utilizado absolutamente todas sus cortinas para hacerse sus vestidos de dama de honor. Ahora que todos aguardan en el parque por mí y mientras salgo de mi apartamento sin cortinas de colores, no puedo evitar pensar que no es necesario ver el arcoíris para saber que todo irá bien, quizás demasiada seguridad o recuperación de autoestima dirá un psicólogo, solo sé que me es inevitable sentirme única.

El matrimonio de Jennifer es como soñé que sería el mío, con un hombre que te ama y que te hace sonreír cada mañana con cualquier tontería; el escucharla decir el “*Sí acepto*” con sus ojos llenitos de amor me llenó por completo y después de varias horas en las que quizás bailé con más de la mitad de los invitados y sin importar sus edades, quedé exhausta y sentada literalmente sobre la mesa como un florero, con una copa de vino a medio

llenar en la mano derecha, digna de una soltera adulta potencialmente atractiva, riendo y totalmente feliz de ver a mis doce amigas enamoradas con sus compañeros de vida, aunque siendo sincera no veo la hora en que empiecen a tener hijos para que se engorden y yo sea la tía más sexy cuando salgamos de viaje, ji ji ji ji ji, nada podría cambiar este momento de plena felicidad, hasta que de repente una voz varonil me invitó a bailar, giré mi cabeza y vi que era un hombre atractivo de ojos verdes claros y cabello rizado, no quise responder, primero porque a lo mejor estaba borracho y segundo porque esa mirada me era tan familiar que podía asegurar que lo conocía de toda la vida, al pasar unos 20 segundos sin que yo respondiera empezó a hablarme en leguajes de señas.

- *Puedo hablar. (Sonreí)*
- *Que fortuna, pensé que estaba haciendo el ridículo.*
- *En realidad, si lo hiciste, pero sé guardar secretos.*

Los dos sonreímos, yo bebí un poco de vino y él comió una cucharada de la torta del matrimonio.

- *Me atreví a invitarte a bailar porque vi que llegaste sola y afanada.*
- *Sí llegue afanada, pero estoy con doce amigas y para que te enteres la torta que estas comiendo la prepare yo.*
- *¿En serio?*
- *Por supuesto, ¿Qué tal quedó?*

Él comió dos cucharadas más hasta saborearse y me respondió.

- *Este también será nuestro secreto. (Sonrió)*
- *¿Quieres decir que quedo mal?*
- *¿De verdad lo quieres saber?*

- *Por supuesto.*
- *Yo habría colocado una pisca más de nuez moscada para resaltar el sabor de la crema.*
- *¡No me digas que también eres repostero!*
- *No, solo tengo un buen paladar.*
- *¿Me estas insinuando que podrías preparar una mejor torta?*
- *Sabes que podría hacerlo y con gusto podría enseñarte.*
- *¿Disculpa?*
- *Solo bromeaba, pero creo que le hace falta un poco más de amor a tu torta y seguro será la mejor.*

En ese momento quise quitarme el sostén y tratar de asfixiarlo para que se retractara de sus palabras, de no ser porque se acercó Jennifer en ese instante.

- *¡Fantástico! veo que ya se conocieron.*
- *Todavía no prima, solo le aconsejaba como mejorar la torta.*
- *¿Cómo te parece Jennifer enseñarme a mí a preparar tortas?*
- *También podría enseñarte a preparar postres.*

¡Postres También! - Pensé, de verdad él no estaba buscando una muerte natural, pero Jennifer solo sonrió y yo jamás, pero jamás estaba preparada para escuchar lo que ella estaba a punto de decirme

- *Jefa quiero presentarte a mi primo Tomas Duarte Urquijo quien vive en los Estados Unidos y vino para mi matrimonio.*

Quedé perpleja y en una sola pieza... ¿Acaso él era mi Tomasito, mi primer amor que me dejo metida en la maleta? - Pensé ... A lo mejor era una broma o bebí demasiado vino, pero tras insistirme que ese era su nombre y revelarle el mío, no pudimos evitar abrazarnos con tanta emoción que todos a nuestro alrededor incluida Jennifer, no paraban de mirarnos sin entender lo que

ocurría; después de esto bailamos toda la noche y reímos como niños recordando viejos tiempos, eso sí me aclaró qué había ido a buscarme para llevarme, pero mi bondadosa madre no lo dejó entrar a la casa, fueron tantos recuerdos que la noche se nos hizo muy corta para ponernos al día; me contó que es padre de una hermosa niña de 6 años y que su esposa desafortunadamente falleció en el parto tras complicaciones, fue un momento conmovedor en el que no encontré palabras que pudiera decir, pues sus ojos todavía conservaban tristeza por su pérdida.

Después de aquel encuentro en el lugar más inesperado, decidimos no volver a perder nuestros rastros y durante los dos meses que estuvo de visita en el país nos veíamos a diario, hasta el punto que sin planearlo retomamos nuestra bella historia de amor que habíamos olvidado en nuestra infancia; conocer a su pequeña hija me llenó de tanto amor materno que el día que subieron en el avión para regresar, no pude evitar llorar al verlos partir, sentía que me estaban arrebatando los amores de mi vida, mi hija del alma y la otra mitad de mi corazón. Así que tomé mi tarjeta de crédito y compré un boleto de avión directo que salía en la siguiente hora, la sorpresa de ellos al verme esperándolos en la salida del aeropuerto es una imagen que nunca se borrará de mi mente. Caminar los tres agarrados de la mano en el parque, cocinar juntos y ver películas infantiles durante un par de semanas, ha sido el mejor de los planes; así que, tras varios viajes mutuos entre nuestros países, con cuentas telefónicas casi impagables, la presión constante de mi madre de que me casara y mucho, pero mucho sexo y un embarazo sorpresivo a mis 41 años, decidimos unirnos por amor y ponerle fecha a nuestro matrimonio.

Ahora que estoy aquí frente al altar con un vestido de color blanco, que deja ver mi sexy cuerpo embarazado y mirando de frente al hombre de mis

sueños, a mi príncipe azul engalanado con 12 caballeros y yo con 12 damas de honor listos para dar este gran paso, no puedo evitar recordar que soy una sobreviviente del mercado de la soltería, un recuerdo que ha quedado en mi memoria y que cada mañana que despierto al lado del hombre que amo, algunas veces odiándolo por la enorme barriga que debo cargar por nuestra trillizas que están próximas a nacer, me confirman que nací para ser feliz, que solo era cuestión de tiempo y esperar.

FIN ... ?



En realidad, el parto de las trillizas fue una locura, reventé fuente antes de llegar al hospital, Tomás entró en pánico pensando que me perdería por alguna complicación, pero sobreviví para llenarlo de amor el resto de su vida; mi madre, mi padre y mis hermanos llegaron justo a tiempo en el nacimiento, mi madre no podía controlar su felicidad porque su sueño de ser abuela se había hecho realidad, solo le faltó publicarlo en el periódico de la ciudad.

Ahora que están por cumplir las trillizas 5 años y debo confesar que ser madre de trillizas de esa edad y de una preadolescente me está enloqueciendo, pero me hace plenamente feliz; por su parte Tomás me pide a gritos que nos vayamos de vacaciones a solas, pero me temo que tendrá que esperar porque en dos días inauguramos nuestra repostería con postres que te cambian la vida con un solo bocado.



## Agradecimientos

A mis queridos lectores por leerme y permitirme entrar en sus corazones.

Olga Vargas y Katia Hernández mis motores e inspiración de vida.

Alexander Zabala Cataño, sin ti esto no habría sido realidad.

Dra. Daniela Calderón, por tu incondicional apoyo, motivación y asesoría.

Manuel Rodríguez por tus diseños que dieron origen a la portada de este libro.

Victoria Vargas. Por tus diseños e ideas inspiracionales que dieron luz, vida y color a este libro.

[www.deibydiaz.com](http://www.deibydiaz.com)

Instagram: deibydiazh